

Te diré todo lo que no quieres escuchar

Un vaso de agua bajo mi cama: inmigración, feminismo y bisexualidad

DAISY HERNÁNDEZ

Rey Naranjo, Bogotá, 2018, 241 pp.

UNA IMAGEN que aún nos resulta extraña: en el noticiero muestran un barrio latino de alguna ciudad de Estados Unidos. Las casas. Las calles. Los muchachos de rasgos mexicanos, peruanos, colombianos, que conversan en una esquina mientras fuman un cigarrillo. Hace frío. La cámara se acerca a los jóvenes. El periodista hace una pregunta en español y durante un segundo todo es silencio. Nadie responde. Insiste. Alguno sonríe y al fin contesta algo que suena como: “Yes, sí, eso aquí”. La voz del periodista ahora se escucha en inglés. Entonces todos los muchachos asienten con la cabeza y se apresuran a responder.

¿Por qué la imagen nos resulta extraña? ¿O “extraña” no es la palabra? ¿Más bien la imagen nos resulta chocante? ¿Sentimos quizás que esos jóvenes han *perdido* algo? ¿Sentimos —pensamos— que ya no son *tan* latinos? ¿Y, entonces, qué significa ser latino? ¿Sigue siendo latino quien no conoce su idioma (español, en el caso que nos atañe)? Y si no es latino, ¿qué (quién) es?

Daisy Hernández es, como otros millones de mujeres, una latina que nació en Estados Unidos. Su padre es cubano y su madre es colombiana. En casa aprendió español, pero cuando comenzó a ir a la escuela, a tener amigas, a hacer sus primeras compras, tuvo que hacerlo en inglés, y no fue fácil: sentía que no conocía las palabras, todo lo que quería decir se quedaba a medias, todo era amarrado, coartado. Y algo más: le producía vergüenza, la *pordebajeaba*.

El español es flaco e indefenso, así que comienzo a zaramearlo, hasta que lo odio. Es como una tía que habla más fuerte que todo el mundo, que lleva un perfume que te aprieta las fosas nasales. Quiero que deje de avergonzarme. Quiero que se vaya. (p. 28)

Y se fue. Como les ha sucedido a tantos jóvenes de origen latino en Estados Unidos, el español se fue. Se les fue. Hablar inglés les genera aceptación, los hace parte del grupo y les da un lugar. En últimas, está muy ligado a la necesaria búsqueda de una identidad. Ya no viven en Colombia, un país triste al que solo volverán de vacaciones unos años después; su lugar, su país, es Estados Unidos. ¿Para qué esforzarse por *mantener* el español? El esfuerzo debe estar en *sofisticar* el inglés.

¿Y qué pasa con el español? Se convierte en un idioma exclusivamente oral. No se lee ni se escribe en español. Solo se usa, entonces, en algún evento especial de la familia: una de esas reuniones de bienvenida a la tía que acaba de llegar de Pereira en busca de oportunidades y que, obviamente, no sabe decir ni una palabra en inglés.

Extrañamente, el español también desaparece de la vida diaria familiar. A la hora de, yo qué sé, la cena, cuando padres e hijos se encuentran, ya no se habla en español. Es más *cómodo* para todos conversar en inglés.

Daisy Hernández (1975) es escritora y editora. *Un vaso de agua bajo mi cama* fue publicado en inglés en 2014, y en 2018 en español. Se le promocionó como una *non-fiction novel*, pero es más bien un conjunto de viñetas muy personales —escenas, historias cortas y reflexiones— sobre temas recurrentes en su vida y su trabajo: la inmigración, el feminismo y la bisexualidad.

Y el asunto de la inmigración, contado mil veces, ella lo asume desde una posición fascinante: desde el lenguaje. Las dificultades que más recuerda de sus días de niña latino-estadounidense, las que tiene más a flor de piel, son las relacionadas con la dicotomía español/inglés. La niña que se avergüenza por no hablar inglés; la adolescente que después, como tantos, se olvida del español.

Pero las imágenes que Hernández narra en *Un vaso de agua bajo mi cama* se alejan de ser una secuencia más para confirmar el arquetipo. Ahí está un factor que le da valor al libro. Es más, no se trata solo de qué cuenta, sino, en muchas ocasiones, de cómo lo hace. Me explico: cuando el lector espera que la narración se detenga ahí —en la joven latina que se olvida

del español— para dar paso a otras imágenes (no olvidar que hablamos de viñetas), Hernández le da vuelta a la tuerca y cuenta que, por los días en que empezó a trabajar, decidió estudiar español, volver a él. ¿Por qué? Porque de pronto se dio cuenta de que saber inglés y ser aceptada como una estadounidense más no eran aspectos que le iban a dar la felicidad, como —acaso inconscientemente— lo pensaba. Que la felicidad nada tiene que ver con los idiomas. Aprender español, escribe, “es como abrazar a alguien que te ama y que al mismo tiempo es un extraño” (p. 36).

Y también está el otro factor, el *cómo*. La vida de una familia latina en Nueva York, el catolicismo colombiano cargado de fetiches, la tradicional santería cubana, el poder simbólico de la casa, las dudas de una adolescente frente al sexo, bien pueden ser historias ya contadas. Las hemos leído, las hemos visto, hacen parte tan profundamente del imaginario colectivo que ya han sido hasta caricaturizadas. Pero Hernández logra decir algo nuevo, quizás porque en ella está la mezcla perfecta del periodista que sabe observar para después narrar, y del testimoniante, que cuenta su versión de los hechos con la sencillez e inocencia de quien simplemente los ha vivido.

Cuando en su casa se enteran de que a Daisy le gustan los hombres y las mujeres, todo el mundo —como en las caricaturas, ya lo decíamos— pone el grito en el cielo. Ella no sabe cómo explicarles —a su mamá, sobre todo— por qué tomó esa decisión, qué es lo que la lleva a sentir amor, ganas, deseo, no solo por los hombres:

Lo más cercano que puedo llegar a una explicación está en un cuadro de Frida Kahlo, *Las dos Fridas*. En él, la artista está sentada al lado de su gemela, que sostiene su corazón, una arteria y unas tijeras. Es así como me siento respecto de amar a las mujeres. Pueden cavar en ti y sostener tus entrañas, nauseabundas y llenas de sangre, en sus manos. Te conocen de esa manera. Pero esto no se lo puedo decir a mi mamá. (p. 115)

Como bien lo ilustra la anterior cita, Hernández, además, tiene buen gusto, sabe decir las cosas; de ahí que,

RESEÑAS		NOVELA
aunque ella no esté contando nada extraordinario, al lector le cueste soltar el libro. No se trata de una nimiedad, sobre todo si se tiene en cuenta que no hay una historia central que unifique la narrativa, ni hay tampoco una trama literaria. Es más, Hernández a veces juega con los tiempos, va y vuelve, y deja en punta muchas de las escenas, porque, como lo ha señalado en algunas declaraciones, le interesa más hacer preguntas —dejar dudas abiertas— que proponer respuestas. Algo al respecto: cuando el lector comienza a avanzar en las páginas del libro siente que la autora, más que una editora o una periodista, como se puede leer en su hoja de vida, es una investigadora social. Párrafos arriba yo anotaba que en su narrativa se mezclan muy bien las voces de la testimoniante y la periodista. Digo más: el libro tiene mucho —en lo formal y en el contenido: desde el uso de la primera persona hasta las reflexiones sobre conceptos como “gay” y “queer”, pasando por un largo etcétera— de las investigaciones antropológicas narrativas tan típicas del siglo XX, y planteo esto como una cualidad. Por eso, precisamente, el formato no me resulta cercano al de la novela no ficcional, como lo proponen los editores. El idioma —o el lenguaje, mejor— atraviesa todo el libro. Daisy Hernández no solo lo usa como una clave para contar las problemáticas del latino en Estados Unidos, sino que es desde lo que decimos y no decimos desde donde narra también el feminismo y la bisexualidad, los otros dos grandes temas del libro. ¿Cómo, sin palabras, reprobamos a quien asume una sexualidad no normativa? ¿Cómo justificamos nuestros discursos? ¿En qué frases y fórmulas se esconde el machismo? ¿Tras qué palabras se oculta un mensaje de deseo? ¿Cómo el cuerpo se hace lenguaje? ¿Con qué palabras se sale del clóset? ¿Con cuáles se golpea? ¿Con cuáles se mata? La tía Dora se entera de que su sobrina es bisexual. “No me hables”, le dice. Daisy continúa con lo que viene después: No recuerdo las palabras, recuerdo los tonos altos, la sensación de que me sacaban a empujones de una habitación, así como la claridad de que lo que estaba mal no era que	me hubiera enamorado de una mujer, sino que lo había dicho. Había hablado. Eso me hacía peor que una india. (p. 143) “Una india”, un clásico y absurdo peyorativo colombiano. Peor que una india no por enamorarse de una mujer sino por <i>decirlo</i>, y antes de eso: “No me hables”, y lo que importaba no era lo que la tía decía, sino cómo lo decía. Hernández sabe bien que el lenguaje tiene alcances inmensos. Por eso habla. Por eso en el libro es reiterativa con la idea de contar, decir, hacer visible. No estudió español porque quisiera ser fiel a sus raíces, o por una cuestión de orgullo racial, sino porque estudiarlo le permitía hacer algo que ama: hablar, escribir, contar(se). En el último párrafo del libro, escribe: “(...) las palabras son inocentes —apenas son una letra tras otra: cucos, putas, <i>bitches</i>, <i>butches</i>— pero tienen el poder de lastimarnos y de liberarnos” (p. 237). Los muchachos se han ido. La esquina está vacía. Cae nieve. Andrés Arias	